

Viéndose entonces el Monarca asesino reprendido y conminado severamente de la Santa Sede, la Francia católica y del mundo, declarado por la Sorbona indigno de la obediencia, y aborrecido, en fin, de sus vasallos, tomó el partido de aliarse con Enrique de Bearne, el Rey de Navarra, y convertirse de padre que debiera ser, en tirano cruel del pueblo francés. Reunieron ambos Enriques un ejército formidable de 40.000 hombres, con el cual se dirigieron á someter y poner sitio á París. Pero á principios de Agosto de 1589, un joven, fraile dominico, dominado de locura y fanatismo religioso, se presentó en los puestos avanzados pidiendo paso y licencia para entregar al Rey Enrique III una carta; «admitido á su presencia, Jacobo Clemente, que así llamaban al fraile, se puso de rodillas, y entregó la carta, y mientras el Rey leía, sacó de la manga de su hábito un puñal y se lo clavó, dejándole tan mal herido que en seguida murió. También cayó muerto allí mismo el asesino ejecutado por los guardias reales ¹.

Todo hombre docto recuerda y sabe cómo con Enrique III se extinguió la rama de los príncipes de Valois, que había nempuñado el cetro de Francia desde 1338. Sucedióles en el trono

Creyó Enrique atemorizar con este doble asesinato á los ciudadanos de París; pero lo que hizo fué irritarlos. Llamábanle públicamente el villano Herodes.» *Historia de España*, por D. Modesto de Lafuente; tomo III, pág. 155.

¹ Los enemigos de la Iglesia han traído y llevado mil veces á cuento el célebre asesinato del Rey Enrique III, echándole en rostro á los católicos, como si todos ellos y la Iglesia de Dios fuesen responsables del crimen perpetrado por uno solo. D. Vicente de la Fuente en su arriba citado libro se hace cargo de este hecho tan cacareado, diciendo: «El asesino de Enrique III, Jacobo Clemente, estaba loco, y esto es bien sabido: la comunidad probó no tener culpa ninguna. El Rey, flojo y débil de carácter, era católico aunque malo y relajado: no se le puede considerar como un hereje asesinado por católicos.» Y aún añade mas allí mismo el muy docto Sr. la Fuente, conviene á saber que el ruidoso asesinato pudo ser justo castigo de la Providencia; porque el Rey Enrique había hecho dar de puñaladas al Duque de Guisa y al Cardenal su hermano sobre seguro, y estándose celebrando los Estados generales en Blois, según antes fué ya dicho. Véase *La Pluralidad de cultos*; pág. 443.

la casa de Borbón comenzando con Enrique de Navarra, el cual sin perder tiempo ni sazón se intituló desde luego Enrique IV, Rey de Francia. Pero este Príncipe tenía dificultades grandes y gravísimas para poder subir al trono de los Clodoveos y de San Luis: estaba excomulgado por el Vicario de Dios en la tierra y profesaba pública y obstinadamente el calvinismo. Por todas estas sobredichas causas no le reconocieron ni la Santa Sede, ni España, ni la *Liga Santa* que era en verdad el pueblo católico francés. Pero Venecia republicana, protectora de herejes y libertades pésimas, y muchos católicos acomodaticios y poderosos de Italia y también de Francia, temiendo el poder grande de España, comenzaron á inclinarse por el Rey de los calvinistas. El Papa Gregorio XIV manifestó clara oposición á reconocer un rey protestante en Francia; por más que S. Pio V siempre había abrigado firme esperanza de ver tornado en rey católico al célebre calvinista Enrique IV. Felipe II por otro lado, no dejaba de enviar tropas y dinero para reforzar la *Liga*, y esto con el objeto de impedir la rendición de París sitiado por Enrique, el triunfo completo de los hugonotes en Francia, y por lo mismo de la gente heterodoxa en Europa ¹.

Los historiadores enemigos del Rey Prudente, y en general, los escritores heterodoxos aseguran, sin probarlo bastante, que Felipe II en su pelear contra los calvinistas franceses intentaba y pretendía más apoderarse de aquella nación, que mirar por la libertad de la Iglesia, los derechos de la verdad y la independencia del catolicismo en sus Estados. Sin embargo, en los momentos más críticos y cuando el hambre diezmaba por

¹ *Hergenrother*; obra, volumen y capítulo citados: página 282. Y el mismo historiador liberal D. Modesto de Lafuente parece ver muy natural y con buenos ojos la conducta del Rey Prudente en luchar á brazo partido con el calvinismo francés. Y por eso en su *Historia de España* pregunta: «¿Pero podía esperarse que Felipe II de España permitiera sentarse en el trono de Carlo Magno y de S. Luis un príncipe protestante, después de tanto como había trabajado en favor de la *Liga católica*? El Embajador de España en París Don Bernardino de Mendoza y el legado del Papa Sixto V, Cardenal Cayetano, alentaban á los católicos de la capital, en tanto que Felipe II hacía pasar á Francia refuerzos de sus tropas de Flandes.» *Item: ibid.*

manera espantable á París la capital de Francia, Felipe II daba órdenes al Duque de Parma, el gran capitán Alejandro Farnesio, para que con los tercios españoles vencedores en cien batallas pasase de los Países Bajos, donde tanta falta hacían, no á conquistar, sino á socorrer y dar apoyo á la ciudad sitiada. El afamado guerrero Alejandro y el secretario Juan de Idiáquez hicieron observaciones al Monarca en orden á su mandato de prestar auxilio á la causa católica en Francia, arriesgándola en Flandes, donde los herejes recibían sin cesar el apoyo de Inglaterra y de sus correligionarios de otros países. Pero Felipe el Prudente insistió en sus primeras órdenes de socorrer á los católicos franceses y salvar la *Santa Liga* y á la ciudad de París; y esto no corriendo tras de intereses materiales, sino muy especialmente de la libertad del reino de Dios ¹.

Ni ha de parecer tampoco ambición desmedida pretender Felipe II, que pudiese ocupar un día el trono de Francia, en lugar de un Rey hereje, una de sus hijas, Isabel Clara Eugenia, como así también lo deseaban los católicos de aquel reino. Y todo hombre docto puede recordar aquí que no ya á la Infanta susodicha quisieran entonces por reina suya los católicos franceses, sino que había partido numerosísimo, intransigente y vigoroso de aquellos que con el alma y la vida jurarían por soberano de Francia al *brazo derecho de la cristiandad*, nombre que

¹ Cuando París estaba sufriendo todas las miserias y desventuras que pueden imaginarse en un asedio, y cuando, reducidos á tal extremidad los católicos, parecía no haber remedio para ellos ni para la gran ciudad, marchaba á redimirlos por mandato del Rey de España el Gobernador y Capitán General de los Países Bajos Alejandro Farnesio con los viejos y victoriosos tercios de Flandes... Obedeció Farnesio, no sin vacilar, pero obedeció: y al pisar el suelo francés... juró solemnemente sobre un altar que el Rey de España no llevaba en aquel auxilio otra intención, ni se proponía otro pensamiento que de amparar á los católicos franceses y desterrar de aquel reino la herejía... Enrique IV, á pesar de sus reconocidas dotes bélicas, no creyó prudente esperarle y alzó el cerco con que oprimía á París.» *Historia de España, por D. Modesto de Lafuente: volúm. citado: pág. 156.* Véase también á Estrada: *Guerras de Flandes: Dec. III.* Pues huidos los enemigos y bien recibido de los amigos, ¿quién impidió entrar en París á Felipe II, si sus deseos eran de conquistar?

al Rey de España daban entonces los Sumos Pontífices de Roma. Y no paró todo esto en meros deseos, sino que con toda claridad y en mensaje público ofrecieron aquellas gentes aliadas y compactas al Monarca Prudente español el cetro de S. Luis. «Podemos asegurar á V. Majestad, decían, que los deseos y votos de todos los católicos son de veros, Señor, tomar el cetro y la corona de Francia y reinar sobre nosotros, como nosotros nos echamos de buena gana en vuestros brazos; ó bien, que coloquéis aquí alguno de vuestros hijos, ó nos deis otro, el que sea de vuestro mayor agrado; ó elijáis un yerno, al cual con todo el mayor afecto, devoción y obediencia que puede desearse de un pueblo bueno y fiel, recibiremos por Rey y le obedeceremos.» No fué, pues, el Rey de España quien ambicionó para sí ni sus hijos el trono de Francia, sino el pueblo católico de aquella nación quien ahincadamente se lo ofrecía ¹.

¹ Véase *Capefigue, Histoire de la Reforme, de la Ligue et de Henri IV, vol. VI.* D. Modesto de Lafuente á pesar de sus prevenciones contra el Rey católico español, confiesa que «el plan de Felipe II era lo primero excluir del trono á todos los pretendientes protestantes, ó fautores ó sospechosos de herejía, y principalmente al Bearnés, el más poderoso y el más temible de todos.» Lo cual es no ambición, sino seguir los deseos de la Santa Sede y los impulsos naturales y religiosos del pueblo católico francés. «Los Papas, añade, Urbano VIII, Gregorio XIV é Inocencio IX que ocuparon muy breves periodos la silla de S. Pedro, de 1590 á Diciembre de 1591, ya favorecieron más ó menos su política, en vez de contrariarla como Sixto V: y Clemente VIII. que sucedió á Inocencio, Enero de 1592, ayudó á Felipe hasta con las armas de la Iglesia, y cuando Alejandro Farnesio entró segunda vez en Francia con los tercios de Flandes, había ya en aquel reino un pequeño ejército pontificio en favor de la Liga.» *Ibid.* pág. 161. Y claro es que, si después de los muchos sacrificios llevados á cabo por Felipe II en pro de la nación francesa y de la Iglesia, se lograba excluir á los calvinistas y entronizar á un candidato católico, «el que mejor fuere para establecer la religión católica» como respondió nuestro Monarca en su «Instrucción para las cosas de Francia», claro es, digo, no constituir ambición querer casar á una de sus hijas con quien fuese elegido al efecto; porque, después de todo, así lo quería y pedía de rodillas el pueblo católico francés, por no decir europeo como bien se pudiera. Véase la citada Instrucción en D. Modesto de Lafuente, obra, vol. y cap. XXI, página 160.

Así las cosas, tomaron importancia capital entrambos partidos; el católico gobernado con la famosa *Liga* por el duque de Mayenne ó Mayenna, que nuestra correspondencia inédita suele apellidar *Humena*; y el calvinista, capitaneado por el mismo Enrique IV de Navarra en persona. Por una parte Alejandro Farnesio, el valerosísimo caudillo de nuestros tercios tan temibles á la gente heterodoxa, falleció en Diciembre de 1592; y fué sin duda pérdida por demás sensible; y por otra, el jefe de la Liga duque de Mayena simpatizaba más ó menos con el Bearnés y calvinista Enrique de Navarra. El cual *Mayenna* siempre que podía empujaba al de Navarra á convertirse á la verdadera Iglesia si con efecto intentaba ser un día verdadero rey de los franceses. Fué, pues, el celebrado *Humena* partidario de lo que hoy llamamos en España *política mestiza* ó conservadora; porque intentando dirigir y capitanear de hecho la *Santa Alianza* católico-francesa, andaba no obstante en tratos amistosos con el caudillo y la familia de los hugonotes. Era, en una palabra, amigo de transigir, inclinándose siempre á los políticos templados y contemporizadores con los herejes; quienes, en cambio, se mostraban cada vez más intolerantes, altaneros y soberbios. Y mientras el duque *Humena* con sus seguidores moderados, por causa de miedo ó malas inclinaciones, no querían la política tradicional y popular apellidada por ellos exageraciones é imprudencia, los calvinistas no admitían reconciliación ni paces, sino á costa de sacrificios y concesiones por parte de los católicos ¹.

¹ No es ciertamente este mi pensar en orden á las transacciones y templanzas político-religiosas del Duque de Mayenne, cosa inventada de mi cabeza, sino que tal y así lo enseña el mismo historiador liberal D. Modesto de Lafuente con las palabras que ahora siguen. «El mismo duque de Mayenne, dice, Jefe de la Liga, no era hombre de medidas extremas y tenía instintos de orden. Por una parte desagradaba al partido católico *exagerado* (entiéndase verdadero católico francés); y por otra parte le desagradaba á él la idea del enlace de la hija de Felipe II, con el nuevo duque de Guisa, que en este caso recibiría el cetro de mano de Felipe II, y no podía sufrir ser súbdito de su sobrino. Y por otra parte (aquí está el misterio) también él estimaba en el fondo de su corazón á Enrique IV, de quien sólo la posición le separaba. Entró, pues, en

No obstante todo lo dicho, Enrique IV comprendió presto que no subiría jamás al trono de Carlo Magno si no se convertía al catolicismo, la religión verdadera, antigua y nacional de los franceses. Y desde luego comenzó á escuchar los llamamientos del *Humena* y de la gente conservadora y templada, siempre temiendo por otra parte la influencia y el inmenso poder del Rey Católico de España, quien, sin dudarlo, revolvía cielos y tierra para dar al traste con las herejías de toda Europa. La grande victoria, pues, de Enrique sobre Roma y sobre España fué, á pesar de su vida nada edificante y por demás licenciosa, llamar, con sinceridad ó sin ella, á las puertas de la Iglesia Católica. Desde este momento, y por más que la política española no quiso nunca creer en la verdad de tal conversión, la Santa Sede, mirando desde las alturas de la caridad y la prudencia, como suele, observó ya otro proceder con el Príncipe calvinista Bearnés. Y aunque, cierto, no faltaban motivos graves para sospechar que los deseos de Enrique no eran tan sinceros como diplomáticos, sin embargo, como la Iglesia *non iudicat de internis*, trató de no espantar al Príncipe converso y responder discretamente á sus llamamientos. De aquí nacieron dos nuevos partidos en Francia, Roma y España, de los cuales daba el uno completo asenso á la pretensión del Bearnés, mientras que el otro la tenía por pura y simple comedia. Mas de esto nos informará provechosa y cumplidamente la correspondencia inédita que luego presto veremos ¹.

negociaciones con él: Haceos desde luego católico, le decía.»—Aún no es tiempo, le contestaba el Bearnés.» Historia de España: volumen citado: pág. 169. Ciertamente el partido verdaderamente católico y francés con tales componendas y mistificaciones no prosperaba, ni continuaba en sus victorias.

¹ De la conducta particular ó personal de Enrique de Navarra, habla D. Vicente de la Fuente en esta forma: «Los escritores franceses suelen poner en las nubes á Enrique IV; mas á pesar de sus encomios, aparece que siempre fué hombre taimado, sensual y algo hipócrita: tuvo, en cambio, otras excelentes cualidades que no se le pueden negar en buena crítica.» *Pluralidad de cultos*, pág. 448. Por lo demás, se me resiste grabar aquí la historia feísima y deshonesta de aquella Duquesa que titularon de *Beaufort*, y llamada aquí en España la *Bella Gabriela*, de

En medio de tanta confusión de partidos, opiniones y pensamientos, Enrique de Navarra, aconsejado de sus Ministros, de las circunstancias y de los políticos moderados, abjuró en manos de algunos Obispos en París la falsa religión de Calvino, haciendo además pública y solemne profesión de nuestra santa fe católica, apostólico-romana. Y en virtud de aquel acto de tanta trascendencia, le absolvieron allí algunos obispos de las censuras en que se hallaba incurso; pero todo esto sin perjuicio de impetrar la confirmación de todo lo hecho mediante nueva absolución pontificia ¹.

Y con efecto, el mismo Rey Enrique, puesto en correspondencia con la Santa Sede, enviadas á Roma varias legaciones suyas, dió al fin poderes bastantes al célebre Arnaldo Ossat para tratar de su conversión con el Papa y los Cardenales, y luego después al Obispo de Evreux Jacobo David du Perron para que en su nombre, y como representante suyo, hiciese en manos del Sumo Pontífice Clemente VIII la abjuración de los errores calvinistas y la correspondiente profesión de fe católica, como así se llevó á cabo corriendo el año 1595, según y más por menor se verá después ².

quien, y aunque casado, fué esclavo y amigo miserable Enrique IV. A esta infeliz mujer, entre otras varias, ganaron y acudían los calvinistas cuando querían manejar á gusto suyo el ánimo del Rey.

¹ «El Papa Clemente VIII adoptó una actitud expectante y previosora. Por su parte, el Rey veía claramente que no llegaría á la tranquila posesión del trono francés en tanto que no abandonase el calvinismo.... Por fin, el 25 de Julio de 1593 abjuró la herejía en San Dionisio, hizo profesión de fe católica y fué absuelto de las censuras por el Arzobispo de Bourges, á reserva de solicitar la absolución pontificia.» *Hergenrother*, ítem, íbid., pág. 282.

² Como en la correspondencia que en seguida leeremos se habla tanto del célebre Du Perron, que allí, con cierta ironía española, ó, siquier andaluza, suele llamarse *el Perron*, ó simplemente *Perrona*, quiero dejar aquí breves noticias de su persona. Jacobo David du Perron nació en 25 de Noviembre de 1556, en el seno de la secta protestante. Fué hombre de grande ingenio y maestro de Enrique III. Dicese haber tenido memoria prodigiosa y dotes sorprendentes como dialéctico, y de mucha suavidad en su trato. Conocida la verdad de la religión católica, la abrazó de todo corazón y fué siempre su gran defensor. Sólo contaba veinte abriles y daba ya lecciones públicas de filosofía escolástica, y se-

III.

LA CONVERSIÓN DE ENRIQUE IV, Y EL PAPA CLEMENTE VIII.

Gregorio XIV no tuvo inconveniente en manifestar al mundo que no quería reconocer por Rey de Francia á un hereje calvinista, no obstante todos los derechos de sangre que en propio favor pudiera alegar. Año de 1591 había dado orden á todos los Obispos é individuos del clero de Francia para que no tuviesen relación alguna con Enrique de Navarra. Y ya antes, en 1575, el célebre Papa Sixto V, usando de su autoridad suprema y apostólica, había excomulgado al mismo Enrique como á hereje y jefe de los hugonotes. Pero Clemente VIII no cesaba de orar y derramar lágrimas de compasión por la Iglesia de Francia. Por eso llamaron los franceses á la conversión de Enrique IV hija de *lágrimas clementinas*. El resultado fué, como ya se insinuó, que el famoso caudillo del partido calvinista, instruído en los dogmas católicos, envió sucesivamente á Roma, pidiendo la absolución, á Pedro de Gondi, al Marqués de Pisani, que no lograron ser recibidos del Papa,

ñales de buen matemático. Estuvo al servicio del Cardenal Carlos de Borbón, y con nombre de Carlos X lo ofreció por Rey al pueblo francés. Nombrado Obispo de Evreux, se hallaba en actitud de vencedor al lado de Enrique de Navarra el día que éste abjuró en París su falsa religión. En Abril de 1595, y para enviarlo como procurador suyo á Roma el mismo Rey Enrique, lo honró con el título de Consejero de Estado y de primer limosnero regio. Véase *Histoire des Souverains Pontifes Romains, par le Chevalier Artaud de Montor*, tomo V, pág. 62: París, 1848. Según el doctísimo Alfonso Chacón, el Papa Clemente VIII creó Cardenal al célebre *du Perron* en el año 1603, en el día 17 de Septiembre, entrando en el número de los purpurados presbíteros con el título de Santa Igenes. Murió en París á 5 de Septiembre del año 1618, repitiendo humilde aquellas palabras de San Agustín: *Ignosce quod meum est; agnosce quod tuum est. Vitae et Res gestae Pontificum Romanorum et S. R. E. Cardinalium.... Alphonsi Ciaconii Ordinis Praedicatorum....*, tomo IV, pág. 353: Romae, 1677.